

LA VIDA ECONÓMICA EN LA REPÚBLICA RESTAURADA

Jorge FERNANDO ITURRIBARRIA

EMPRESA DE VERAS ARDUA y difícil es la que ha emprendido y llevado a feliz éxito el Colegio de México, bajo la dirección de don Daniel Cosío Villegas y con la participación destacada del joven economista don Francisco Calderón, al redactar el segundo volumen de la *Historia moderna de México (1867-1876)*, en el aspecto de la vida económica, a partir de la restauración de la República, durante la década que culmina con la exaltación del general Porfirio Díaz a la presidencia del país.

Probablemente —anticipamos este juicio— el aspecto económico de la República Restaurada sea, de todos, el más difícil de investigar y de fijar, con una concepción basada en fuentes dignas de crédito, en los tiempos en que propiamente no existía un criterio científico de la economía pública en México, cuando el gobierno seguía uncido, en estos menesteres, al viejo y ya inservible carro dejado por la Colonia, sistema que estuvo muy lejos de constituir una maquinaria eficaz, siquiera para su tiempo.

Sólo algunos espíritus muy alerta —más por intuición que por una tradición económica inexistente— pudieron, en aquella década, entender el complicado problema de los números aplicados a la realidad; y pocos, poquísimos, fueron capaces de implantar reformas administrativas en un pueblo que prácticamente careció de economía pública desde la Independencia, viviendo en la perpetua bancarrota que imponían las constantes luchas intestinas y las intervenciones armadas de países extranjeros.

Terrible contraste entre el espíritu de organización política del partido liberal triunfante, exaltado por los ideales justicieros de la democracia, y la trágica realidad de un pue-

blo empobrecido, sin tradición económica a que poder asirse para emprender su restauración.

Hermosas teorías que buscaban ser canalizadas en la práctica para el bien general, y, frente a estos ideales, que brotaban como flores dignas de prosperar, el erial desolado de nuestros ensayos financieros.

Espectáculo deprimente de un callejón sin salida. El país vivía impositivamente, de los gravámenes provenientes de las aduanas y que afectaban las importaciones y las escasísimas exportaciones, y de la exportación de la plata, que continuó siendo un renglón productivo, como herencia estática de la política colonial. Por otra parte, el contribuyente repudiaba cualquier tipo de gravamen que no fuera el rutinario, por costumbre, por inercia o por simple espíritu conservador, refractario a las reformas sugeridas por el tiempo.

Lo que ocurría en las fuentes de ingresos gravables por la Federación, sucedía también, pero mirado con lente de aumento, en la economía oficial de la provincia.

Los más distinguidos talentos, hábiles en el campo especulativo de la ciencia y de la filosofía, se hallaban desorientados al ponerse en contacto con el mecanismo de los presupuestos, como niños llorosos frente a un juguete descompuesto. Los más optimistas veían fracasar sus teorías tan pronto como la experiencia las ponía a prueba. Hubo algunos atisbos; se probó, con más empirismo que conocimiento del fenómeno económico, en un país propiamente sin economía, y, por ello, sin terreno donde poder experimentar, fiando en el antecedente promisor, porque los dejados por la Colonia resultaban periclitados en una época de economía promovida por ferrocarriles, telégrafo, maquinaria, laboratorio, bancos y técnica, y las teorías económicas de Europa y los Estados Unidos, que nuestros improvisados economistas consultaban, estaban fincadas precisamente en la concurrencia de estos factores modernos, de los que México carecía, con excepción del telégrafo, que empezaba a tenderse, y del ferrocarril de Veracruz.

El desasosiego tenía que ser muy grande, ya que racionalmente habría que empezar por la creación de este conjunto

de factores de promoción económica, en un pueblo sin economía, de pobreza crónica y sin atractivo o garantía para el capital extranjero, por resultarle proverbial nuestra agitación política interna y sus consecuencias económicas.

Este ambiente es lo que se nos muestra en el volumen II de la *Historia moderna de México*. Refleja el estado rutinario de una economía de artesanado y latifundio, tímida, temerosa, enquistada en los viejos métodos. Ni la tierra, pésimamente repartida; ni el pequeño taller, con instrumental rudimentario; ni el comercio parasitario, económicamente hablando, podían proporcionar al Estado fuentes respetables de ingresos en que asentar los proyectos de quienes querían asegurar la felicidad y el bienestar de la nación.

Se vivía precariamente, vegetando; pero menos mal de lo que se supone, sólo porque la escasa densidad de población, la falta de comunicaciones y el ambiente social retraído y sin exigencias —reducido a un doloroso conformismo, a una abnegación inaudita— registraban excedentes alimenticios y, con ellos, el abaratamiento de los artículos de primera necesidad, pero a costa de salarios tan bajos, que apenas eran una garantía contra la más aguda de las miserias.

Sorprende cómo se pudo hacer este libro, y se supone que se hizo mediante una laboriosidad de hormiga, que busca afanosamente el dato y que no se decepciona al comprobar que no existe allí donde debía existir o donde antaño existió, porque los archivos están mutilados, o porque en las bibliotecas oficiales hay lagunas de años. Y entonces se suple heroicamente en la biblioteca privada, trabajando sin descanso para llevar una gotita de miel a la colmena.

La tradición político-militar de México ha sido recogida y conservada en memorias, anécdotas, añoranzas y libros, por el interés humano de sus incidentes. Pero ¿quién es aquel que antaño se interesaba por la estadística, o por el dato numérico conformador de un historial económico, actividad que tampoco se compadecía con nuestro temperamento imprevisor, o romántico, por cuanto sólo se avenía con la exaltación del caudillo, del héroe o del milite afortunado?

Esta cosecha tenía que ser, pues, particularmente difícil, como lo demuestra que hasta hoy se haya emprendido trabajo de tan ardua y árida realización; pero de importancia fundamental para conocer uno de los aspectos menos socorridos, por estudiosos e historiadores, de la vida nacional, al grado de permanecer como parcela baldía.

El método seguido en este libro es análogo al del primer volumen, es decir: de absoluta probidad documental, objetivo y claro, con las modificaciones impuestas por la índole de la materia, que requiere tratamiento diferente en la exposición, en la observación de sus resultados y en el comentario consecuente.

Merecen nuestro más efusivo aplauso las instituciones patrocinadoras de esta obra, el promotor y director de estas publicaciones y muy especialmente su autor, el licenciado en Economía don Francisco R. Calderón, que están liberando a la historia moderna de México de su época inédita, con un programa de rescate eficaz, digno de ser continuado por todo el último tercio del siglo anterior, para rebasarlo después y proyectar sus investigaciones sobre el panorama del medio siglo que concluyó hace apenas un lustro.